

El Claustro y la obra de Covarrubias

Pedro Navascués Palacio

Cuando el claustro de la Catedral parecía estar ultimado con la adición del piso alto de las Claverías, mandado hacer por Cisneros, se produjeron una serie de daños en su fábrica que pusieron en serio peligro su estabilidad, “por cuanto la intención de los primeros fundadores de la claustra no fue con orden que sobre ella se hiciese edificio alguno como se ve en el orden de los estribos y en las tirantes y gruesos de las formas y cruceros que hicieron”, como dice en 1566 uno de los informes solicitados a distintos maestros sobre el problema del añadido de dichos aposentos que, con sus corredores, “van empujando todos los lienzos de la dicha claustra”⁶⁵⁵. Dedicaremos estas líneas a poner de relieve las importantes modificaciones del siglo XVI, en especial la intervención de Covarrubias.

En una descripción manuscrita de la Catedral que se conserva en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando⁶⁵⁶ se recoge de forma abreviada la historia de la construcción del claustro y, refiriéndose a su jardín, consigna los siguientes datos: “Desde la edificación del claustro fue esto un jardín donde se juntaban los contratantes y tenderos. Duró así hasta el 1561 que por orden real notificada en 23 de junio se mandó quitar el huerto y hacerle un patio grande; mas era tan grande el calor que el reflejo del sol comunicaba a la iglesia y el peligro que puso a todo el edificio un gran toldo que para remedio de esto se había puesto, que en 1580 suplicó todo el Cabildo al cardenal Quiroga, que era entonces prelado, que quitase el patio. Y todo el tiempo que por entonces permaneció en Toledo Felipe 3º [debe querer decir Felipe II] le instó el Cabildo por el pronto despacho del arzobispo lo que se continuó la corte trasladada a Madrid de manera que puede afirmarse que casi cada mes enviaban personas de calidad para el recuerdo de cuyo asunto hay muchos actos capitulares y en diferentes tiempos y ocasiones. El resultado fue, visto el dictamen del obrero don García de Loaysa (...) mandar que se volviese a hacer el jardín como ahora se ve, en 10 de julio de 1581”.

De todo ello cabe destacar lo siguiente. Por una parte da la fecha precisa de aquella Real Orden de 23 de junio de 1561, que no hemos podido localizar en el archivo de la Catedral, en sus distintas secciones, incluyendo la de Secretaría, pero que sin duda debió de existir pues viene a coincidir con otras noticias recogidas en el volumen de las *Actas Capitulares desde 1558 hasta 1562*. En segundo lugar, el autor de la *Descripción* recoge la fecha de 10 de julio de 1581, igualmente exacta⁶⁵⁷ como persona que ha trabajado con documentación original del archivo catedralicio, para referirse a la disposición de García de Loaysa de volver a la “forma” del antiguo huerto o jardín en el claustro. Finalmente, y para el propósito que ahora nos concierne, se habla del “peligro que puso a todo el edificio un gran

toldo” tendido sobre el claustro, creyendo que este elemento atirantado había sido el causante del visible daño que sufría el claustro.

El lector que consulte el tomo de Sixto Ramón Parro dedicado a la Catedral, verá que se comenta abreviada y desdibujadamente este hecho, entonces ya casi perdido en la memoria: “Hay en el centro, como se ha indicado, un cuadrado de 150 pies por banda, en el que hubo al principio un simple patio en que ponían por el verano un toldo gigantesco; pero después lo convirtieron en un jardín muy lindo”⁶⁵⁸. Este y otros datos análogos han acabado convirtiéndose en meras anécdotas en la historia constructiva del claustro, cuando en realidad forman parte de un episodio de gran envergadura más allá de la existencia del grato vergel o jardín en su interior. Sobre las vicisitudes concretas del jardín y su recuperación a partir de 1581 contamos con el valioso estudio de García Martín⁶⁵⁹, autor que aventura que probablemente una obras de acondicionamiento de la Catedral forzaron la destrucción del jardín original y su ocupación con cascotes y materiales, hasta la orden dada por el cardenal Gaspar de Quiroga de replantar el jardín.

Lo cierto es que hubo un jardín, sin duda de origen medieval, que se mantuvo hasta 1561, en que se decide eliminarlo y hacer una lonja enlosada en su lugar, nivelándola con el nuevo enlosado de las cuatro crujías del claustro y acometiendo la primera gran restauración del mismo, haciéndole perder el carácter que le diera don Pedro Tenorio y que ya había iniciado el cardenal Cisneros, al añadir el cuerpo alto de las Claverías. Precisamente, esta carga añadida y no prevista en el proyecto de Tenorio fue la causa principal del desplome creciente del claustro hacia el jardín, tal y como reconocen todos los maestros que intervinieron en su momento. La carga de las decenas de aposentos en dos alturas cuya fachada interior a la galería pisa longitudinalmente la línea de las claves de las bóvedas del claustro no beneficiaba precisamente la estabilidad de la fábrica, dando lugar a la deformación y pérdida de geometría de dichas bóvedas tal y como hoy se puede ver con facilidad desde abajo. Por otra parte aquellas viviendas que Cisneros había pensado para el clero catedralicio se convirtieron desde muy pronto en almacenes y talleres, aumentando así la carga total sobre la mitad de las bóvedas mientras que la otra mitad se dejaba libre para el paso del corredor o galería que asoma al descubierto del claustro. El hecho es que los empujes horizontales de las bóvedas se transmitieron peligrosamente a los arcos entre los pilares y contrafuertes inclinándolos hacia el jardín, cuyo importante desplome sigue llamando hoy la atención. Para colmo los contrafuertes iniciales del claustro no debían de ser muy fuertes, (de “estribos flacos” los califica la documentación), para las dimensiones que tiene y



Imagen de comienzos del siglo XX del Claustro bajo con la Puerta de la Capilla de San Blas al fondo.



Capitel del Claustro alto.

que, medido en metros, es de casi ocho metros de luz para los arcos por once de altura, medida en la clave de las bóvedas, esto es, casi una proporción sesquialtera.

A este vuelco de las fachadas del claustro hay que añadir dos elementos no menores que sin duda coadyuvieron al “sentimiento” que hicieron las bóvedas, como son el agua del subsuelo del claustro y la piedra empleada. De todos es conocida la presencia y daños del agua en el claustro, desde la capilla de San Blas hasta la línea norte de la Catedral, donde linda con los aljibes bajo la crujía sur del claustro. Sabemos de las desaparecidas pinturas medievales del claustro y hemos ido viendo desaparecer las del siglo XVIII de Maella y Bayeu o las de Gherardo Starina en la Capilla de San Blas, aún en peligro, donde por capilaridad el agua ha ido y sigue haciendo estragos.

Si a ello se suma la porosidad de la piedra caliza empleada en la construcción y el riego exigido para el mantenimiento del jardín tendremos probablemente dos elementos que contribuyeron a acelerar su ruina, de la que algún testigo vio años atrás un primer aviso. En efecto, entre los maestros que dieron su parecer en 1566 hay uno no identificado que dice que ya vio cómo hacia 1542 se había producido un “sentimiento” que se cerró y disimuló [sic] con “blanquearlo y pincelarlo porque en aquel tiempo no estaba el claustro en la manera de ahora”. Es ésta una primera llamada de atención sobre lo distinto que fue el claustro de don Pedro Tenorio del que ha llegado hasta nosotros.

Si se recorre con atención el interior del claustro se observa que ya debió de ocurrir algo en el siglo XV porque resta el testimonio del único “pilar rincón” de caliza que se conserva y que aparece como elemento ajeno y añadido. Me refiero al que está inmediato a la capilla de don Pedro Tenorio, por donde comenzó en su día la alarma, viéndose la fuerza de unas grapas de hierro y el distinto y más moderno tratamiento formal de la columna que el pilar al que se incorpora, estando además descentrado respecto al arranque de la nervadura de las bóvedas.

El hecho es que toda esta situación aconsejó tomar medidas drásticas en 1561, esto es, eliminar el jardín, introducir un material pétreo menos permeable como es el granito, reforzar la estructura del claustro, tanto los pilares como los arcos, fortalecer con nuevos contrafuertes los pilares y eliminar algunos elementos que debían estar en malas condiciones o que, simple-

mente, no gustaban como las tracerías y maineles que cerraban los arcos de los siglos XIV-XV y que la documentación del siglo XVI menciona siempre como “claraboyas”, cuya existencia no sólo lo manifiesta repetidamente la documentación sino que se puede comprobar en los restos que permanecen bajo los arcos visibles desde el jardín del claustro.

Toda esta operación no era fácil ni sencilla y fue hecha bajo la maestría de Alonso de Covarrubias, maestro de las obras de la Catedral desde 1534, pero dado el alcance y riesgo de la obra a ejecutar y su avanzada edad camino de la jubilación en 1566, el propio Covarrubias pidió el parecer de otros arquitectos, como Nicolás de Vergara y Juan Bautista de Toledo, para iniciar una obra que transformó definitivamente el aspecto del claustro, habiendo pasado desapercibido este hecho por los estudiosos dedicados al siglo XVI en Toledo⁶⁶⁰, debiendo recordar que la historia de la arquitectura no es sólo cuestión de estilo sino de construcción.

Se daba además la circunstancia de que en ese momento y de modo excepcional en la historia del arzobispado de Toledo, éste se encontraba bajo la jurisdicción de un Gobernador “en lo espiritual y temporal” como lo fue don Gómez Tello Girón, arcediano de Málaga y sobrino de fray Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, por coincidir aquellos años con el proceso al arzobispo Carranza arrestado por la Inquisición el 22 de agosto de 1559, cuando aún no había transcurrido un año desde su entrada en Toledo, aunque su preconización data de 1557, y por lo tanto separado de la administración de la archidiócesis y su catedral⁶⁶¹. A la muerte de Gómez Tello le sucedió Sancho Busto de Villegas, que fue gobernador de la archidiócesis entre 1567 y 1576, año del fallecimiento de Carranza al que siguió la entrada en Toledo del nuevo arzobispo don Gaspar de Quiroga (1577-1594), con quien se inicia la reconsideración del jardín tal y como hoy lo vemos, borrando lo ejecutado por Gómez Tello.

Todo parece empezar el viernes 1 de octubre de 1557 cuando el deán y Cabildo “capitularmente ayuntados, mandaron que se aderece la claustra y que los señores visitadores de la obra traten del orden que puede haber para quitar el huerto”, es decir, el reparo del claustro arrastraba la eliminación del jardín, cuyas historias van inseparablemente unidas. A su vez se había iniciado el nuevo enlosado del claustro con piedra blanca y prieta, cuyos restos han aparecido en las últimas obras y que formaban un ajedrezado como puede verse aún en los escalones que conducen a la capilla de Pedro Tenorio, seguramente para igualar todo el piso del claustro en sustitución de viejas e irregulares laudas sepulcrales, de modo que, en 1560, se contrató con el cantero Francisco Martínez el solado del claustro, así como la piedra de la cantera de Regachuelo (Toledo) que se comprometió a traer en cien carretadas Antón Rodríguez de Vargas, el mismo a quien se le encarga la carretería de la piedra de la cantera de Olihuélas (Toledo) para las obras del claustro, como tradicionalmente había hecho la Catedral en sus distintas fábricas. A estas dos canteras habría que sumar la de Tamajón (Guadalajara), de buena piedra caliza, con la que se hicieron muchas piezas nuevas para incorporar a la fábrica antigua del claustro, entre otras el mencionado “pilar-rincón” cuya delicada obra dirigió personalmente Covarrubias, en 1561⁶⁶².

El Cabildo anduvo tan preocupado como dividido en la modificación del claustro, pero el 14 de abril de 1561 se comisionó a don Diego de Guzmán para que tratara el asunto con el Gobernador, con el obrero y los visitadores “acerca de bajar el huerto al paso de la claustra y abrir las claraboyas”, en una palabra, iniciar las obras⁶⁶³. El Gobernador se mostró interesado y llamó a Covarrubias, junto a Berruguete y a Hernán González de Lara, “dos maestros de los más señalados de los que hay en el mundo” y con el acuerdo suyo “se hizo cata y cala del cimio de los pilares”, para ver su estado, todo en presencia del Gobernador, quien habiendo oído la opinión de todos ellos, ordenó “en gran servicio de Dios y decencia de esta Santa Iglesia” que se comenzasen inmediatamente las obras, antes de “que cargasen las aguas del invierno”. Para mayor seguridad el Gobernador pidió parecer a “Bautista [Juan Bautista de Toledo], maestro de obras del Rey Nuestro Señor para que por sí diese vista a lo so-



*Detalle en el lado
del Claustro de la
Capilla de doña
Teresa de Haro.*

bre dicho, el cual la dio y dijo y así está por escrito que en la dicha obra no había peligro". El 20 de junio de 1561 Juan de Mudarra Ibarra, notario apostólico y escribano de la obra de la Catedral encargaba al deán y obrero de la iglesia, don Diego de Castilla que firmase las libranzas de los maravedís que se gastaren en la obra de "abaxar" el jardín, la cual se haría de acuerdo con las condiciones fijadas por Covarrubias en abril o mayo de 1561, que resumidamente se referían a los siguientes aspectos, teniendo en

cuenta siempre que se trataba de una operación doble, por una parte la de eliminar el jardín nivelando el nuevo enlosado con el de las crujías, para que las gentes "habiendo oído misa tengan lugar y anchura para pasear y hablar", y por otro lado reforzar la estructura del claustro. "Primeramente para se poder hacer sin peligro se ha de ir descubriendo cada paño de los estribos del lienzo del dicho jardín y reforzando los que tuvieren necesidad en el fundamento de ellos y con esto se puede sacar la tierra de los an-



Grabado de la reja de acceso a la Escalera de Tenorio.

denes y jardín”, habiéndose podido comprobar en la reciente excavación parcial del claustro que los estribos, efectivamente se reforzaron en su cimentación. Estos estribos preocupaban y mucho, de forma que Covarrubias insiste en que sería cosa “muy conveniente así para el ornato del dicho claustro como para asegurar el fundamento se rematen los estribos altos de piedra berroqueña con la labor que mejor convenga y con esto se asegurará mucho la fuerza de los dichos estribos y no temer el peso de las bóvedas de los aposentos”. Lo cierto es que ante la amenaza creciente de un posible desplome se acabarían haciendo de nuevo todos los estribos de granito, con mayor sección y altura que los antiguos e incorporándolos a la fábrica vieja con más o menos cuidado, haciendo desaparecer los originales.

Al llevar el piso de la lonja o descubierta del claustro al nivel de las cuatro crujías que lo rodeaban era posible abrir otras tantas puertas de acceso para lo cual era preciso deshacer la vieja tracería que cerraba tan generosos arcos: “se han de abrir cuatro puertas en medio de cada paño como mejor coincidiera con los maineiles de las claraboyas reforzando lo que se hiciere de piedra labrada”⁶⁶⁴. Para el resto de los huecos Covarrubias había previsto, como ahora está, “hacer en cada paño de estribo a estribo un cerramiento de sillería labrada de la misma piedra... de los andenes y sobre ellos al piso [nivel] que sea conveniente asentar las mismas claraboyas... que ahora tienen”, tracería original de la que podría dar una cierta idea el fragmento que hoy se conserva sobre la puerta de

Santa Catalina. Covarrubias siempre fue partidario de reponerlas, si bien pesó más el eliminarlas definitivamente⁶⁶⁵, de tal modo que en una declaración que hizo en 1564 sobre la ruina del pilar-rincón de don Pedro Tenorio se quejaba de “se haber quitado y desacompañado las claraboyas que se derribaron de los arcos”. A su vez, entre los centenares de pagos por la piedra traída para la obra figuran algunos que especifican con precisión su finalidad o forma, como el pago de 18.238 maravedís que se dieron a Pedro de Lazcano, el 6 de mayo de 1562, por los “catorce carros de piedra que se trajo en ellos nueve piezas de maineiles de piedra de la cantera de Tamajón y los seis de ellos tienen de largo seis pies y medio y los tres de largo nueve pies...”, con los que probablemente pensaría en reponer piezas en mal estado.

Volviendo a las condiciones de la obra señaladas por Covarrubias terminaremos recordando que se contempla el patio del claustro con dos andenes de puerta a puerta que se cruzaban en el centro donde se recogía el agua llovediza en una cisterna que, subterráneamente, se guiaba hasta los “pozos” (aljibes?) existentes en el claustro. Los cuatro cuarteles restantes se enlosarían con piezas de mármol blanco y negro, pero por los pagos que conocemos sabemos que se enlosó todo el patio con piedra berroqueña, cuya obra dirigió Marcos de León, aparejador de cantería, auxiliado por los canteros Francisco de Garnica⁶⁶⁶, Francisco Martínez, Alonso de Aguilera, Martín de Polán y Cristóbal Rodríguez, entre otros, en los primeros meses de 1562.

Mientras se preparaban los materiales y se había comenzado ya la obra, parte del Cabildo seguía sin estar conforme, del modo que en una reunión celebrada el 23 de junio de 1561, el capiscol de la Catedral, denunciando el peligro de la obra y solicitando el apoyo de los presentes para pedir al Gobernador su paralización, inició un interesante debate en el que intervinieron los asistentes que dieron cada uno su opinión, siendo la mayoritaria que se consultase “a los maestros”. Algunos, como el canónigo Garci Díaz de Tablares, con buen juicio, pedía sin éxito que no se cortaran los naranjos del jardín.

En los mismos años 1561-1562 se comenzó a trabajar en los pilares, arcos y bóvedas del claustro, apareciendo en nómina importantes canteros, algunos de los cuales simultaneaban el trabajo en la Catedral con otros semejantes en el Alcázar o en el Hospital Tavera, es decir, los mismos maestros que utilizó Covarrubias en sus obras, figurando nombres como Juan de Minjares y Martín de Cortezubi, a quienes correspondería intervenir de nuevo en el claustro a raíz del siguiente episodio.

En 1564 se dirigió Covarrubias al Gobernador con un escrito que hizo llegar también al obrero y visitantes de la obra, diciendo que “ha muchos días y aún meses que he tenido muy gran sospecha de un sentimiento y quiebra que se mostraba en un pilar rincón a la parte de la capilla de don Pedro Tenorio en la claustura, para lo cual yo hice traer unas piezas grandes de Tamajón para las basas y capiteles como convenían para buenas trabazones y se han labrado con otras canteras de acá y ahora. Al tiempo del deshacer del dicho pilar desde lo bajo a lo alto ha parecido tan cascado y hendido como sospechaba, y comenzando a sentar las basas sin proseguir más el asiento parece que es justa cosa hacerlo saber a V. S., informándose de oficiales y asentadores que lo vean y digan el estado en que está y se tome por testimonio la causa y el gran cargo que tiene en lo alto por se haber quitado y desacompañado las claraboyas que se derribaron de los arcos de la dicha esquina..., porque si otras flaquezas sucedieren por el rincón de fuera se mirara con todo cuidado de manera que se asegure con la fuerza y perpetuidad que convenga. Y así mismo digo y aviso a V. S., como Señor y Prelado, mande que juntamente con esta visita se vean las dos o tres capillas de las bóvedas de la claustura que vienen a juntar con este pilar susodicho que también se muestra en ellas ciertas hendiduras en las crucerías y preñientes [sic] que, por falta de las dichas claraboyas que se quitaron y de los estribos de fuera, hacen los dichos sentimientos y que no remediándolo con tiempo podría resultar mucho daño y peligro y con esto descargaré mi conciencia si con tiempo no se remediare.”

Ante esta manifestación con la que Covarrubias quería des-

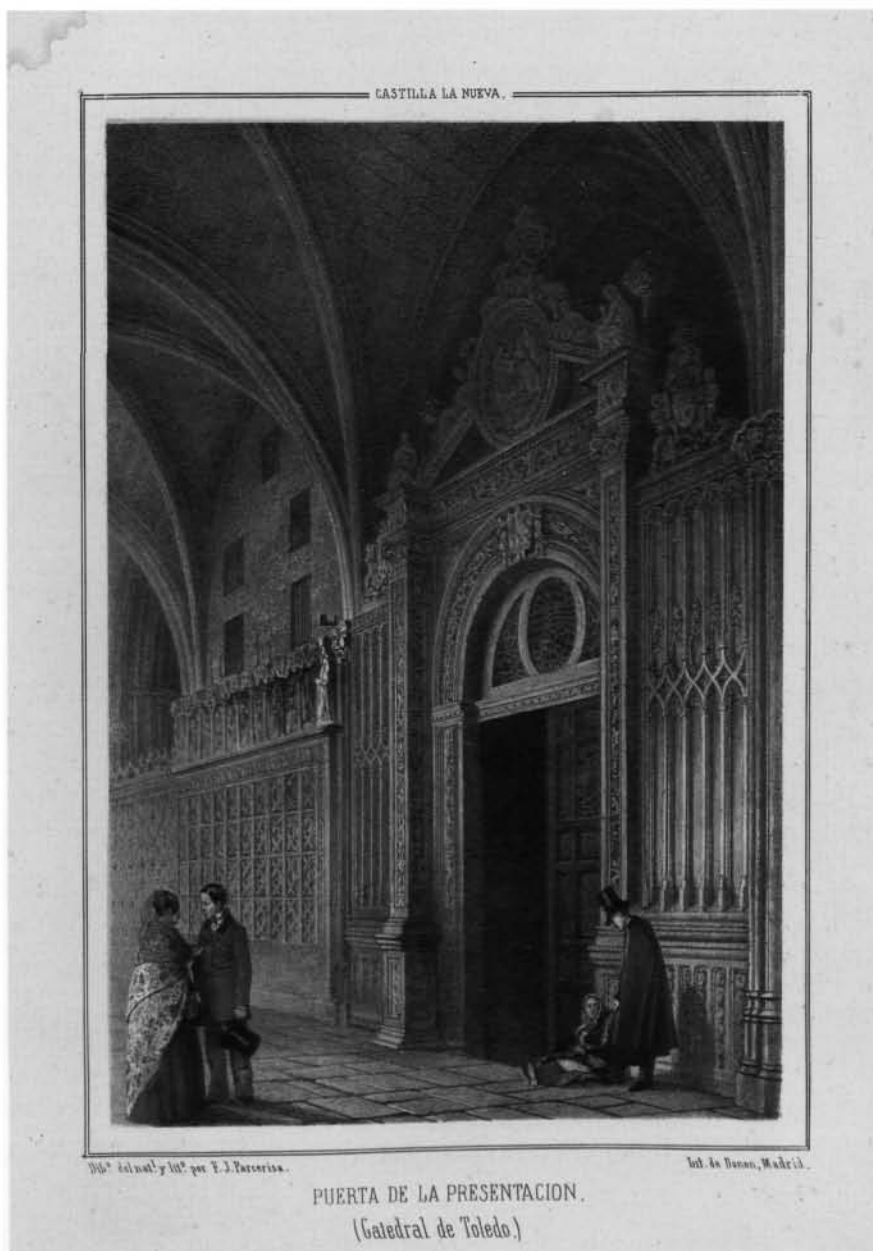
cargar su conciencia le contestaron el obrero y visitantes en septiembre de 1564, diciendo que si “luego el dicho pilar y capillas recibieren más detrimento del que a presente tiene o vinieren al suelo”, se actuase contra Covarrubias cargándole el gasto de su reedificación pues él era el responsable como maestro mayor de la Catedral. Estos deben ser los últimos datos conocidos de Covarrubias como maestro mayor, cercana ya su jubilación y proyectada la puerta de la Presentación (1564), que debía formar parte del proyecto de Gómez Tello Girón, cuyo escudo corona el nuevo paso entre el renovado claustro y la catedral⁶⁶⁷.

El obrero García Manrique de Lara pidió nuevos pareceres sobre lo que se hacía y sobre lo que sería conveniente hacer a partir del famoso pilar rincón próximo a la capilla de Tenorio, así como a las capillas o tramos inmediatos, a los maestros de cantería Martín de Cortezubi, Juan de Minjares, Ioanes de Azambra y Ambrosio de Aguilera, los cuales declararon todos que “el dicho pilar rincón de dicha capilla de Don Pedro Tenorio está muy cascado y mal ligado y el reparo que ahora se le va haciendo no es bastante para que el dicho pilar quede perpetuo si no se le hiciesen algunas entradas grandes para que los ligados le atravesasen todo recto, aunque mejor les parece que sería hacerle todo de nuevo para mayor seguridad. Esto por los términos que pareciere al Sr. Alonso de Covarrubias, Maestro Mayor de la dicha obra...”

Este respeto por Covarrubias se mantiene en todas las propuestas como las que se hacen para las bóvedas del claustro para las que se proponen soluciones atirantadas: “En lo que toca a las capillas de las dichas bóvedas que están junto a don Pedro Tenorio y a las demás de todo el claustro hay necesidad que para perpetuidad y firmeza de ellas se hagan unos tirantes de hierro. Una vara de medir poco más o menos por encima de los capiteles de un jarjamiento a otro, haciendo en cada uno de los dichos jarjamientos un agujero que por lo menos tenga pie y medio de fondo... sus hierros muy bien plomados y que queden sus garbatos en los dichos hierros... los dichos tirantes, esto en todos los dichos pilares excepto en los rincones que allí no hay necesidad y este nos parece que debe de ser el primer reparo, y... se suban los botareles de los dichos pilares de muy buena piedra berroqueña... Esto y todo lo demás al parecer y como lo ordenare el dicho señor Alonso de Covarrubias”. Pero estos cuatro maestros van mucho más allá en sus propuestas y al final de su declaración no dudan en proponer “que se deben deshacer los otros tres pilares rincones del dicho claustro y se vuelvan a hacer de muy buena piedra berroqueña todos los cuatro dicho pilares, porque corresponda uno con otro porque siendo así no habrá fealdad en ellos por ser todos cuatro de una misma piedra”. El de don Pedro Tenorio quedó como lo dejó Covarrubias, mientras que los otros tres pilares rincones se rehicieron, efectivamente, en granito al igual que la mayor parte de los pilares en su cara interior, con sus molduras hasta la altura de los capiteles, siendo desigual el nivel de intervención en cada uno de ellos. Con el granito el claustro recobró firmeza “perpetua”, sin duda, pero la finura de su molduración se resintió.

El Cabildo, ante un peligro que no se decidía a atajar y que todos veían aumentar de día en día, volvió a pedir pareceres⁶⁶⁸ en el mismo año de la jubilación de Covarrubias (1566) a otro grupo de maestros, entre los que estaba Juan de Minjares pero sobre todo a Nicolás de Vergara quien, en 1570, haría un nuevo informe ya bajo la administración de Sancho Busto de Villegas, el nuevo Gobernador de la archidiócesis y siendo maestro mayor de la Catedral Hernán González. Nicolás de Vergara, sin poder asegurar si trata del padre o del hijo, repetía cosas ya dichas como el aconsejar hacer de nuevo los cuatro pilares rincones o, en todo caso, “guarneciéndose de muy buenas piedra con lechos bastantes que puedan sufrir el peso que sobre ellas pudiese cargar para lo cual será menester cimbrar y apoyar las cuatro formas que vienen a cargar sobre cada uno de los cuatro dichos pilares para que en caso de que los dichos pilares se quitasen la obra no reciba detrimento”.

Otras advertencias resultaban novedosas como recoge el ítem final: “Otro sí digo que porque los estribos de dicha claustra



están sin remate conviene que se rematen al moderno o romano, porque además de asegurar el estribo con el peso de dicho remate la dicha claustra quedará con el fin que conviene. Y así mismo se pueden echar unas llaves de hierro, como se acostumbra en toda Italia y Francia en los edificios que han hecho semejantes quiebras o se sospecha que lo harán. Y así doy esta por mi declaración dejando la relación más menuda para comunicarlo con Vuestra Señoría y si con esto fuese necesario para más declaración hará planta o monte en dibujo o modelo”.

Las obras se retrasaron mucho y cuando ya debían estar terminadas fue preconizado para la silla de Toledo en 1577 don Gaspar de Quiroga, quien en 1581 aprobó la restitución del jardín a partir de la propuesta hecha por el obrero García de Loaysa y secundada por el Cabildo. La lonja que tanto esfuerzo y dinero había costado enlosar vio cómo se empezó a desmontar, una vez más, por el rincón próximo a la capilla de don Pedro Tenorio, y rellenar de tierra hasta llegar a un nivel semejante al que hoy tiene, creando de nuevo viejos problemas de toda índole. El proyecto se debió a Nicolás de Vergara el Mozo, entonces maestro mayor de las obras de la Catedral, y la conocida planta del conjunto catedralicio fechada en 1604, da idea de cómo quedó entonces el claustro, con el diseño reticulado del jardín en alto, las dos albercas, la fuente en el centro y el cerramiento de los arcos del claustro con unas rejas, sustituidas también en las reformas y mejoras del siglo XVIII por las rejas que hoy vemos.

Grabado de la Puerta de Presentación en el Claustro.